

El Conde y los salamines

Anette Sharf



Capítulo 1

La abuela Julia fue un ser entrañable. Un 15 de mayo de 1887, el cielo puso un Ángel en la Tierra; fue traída para esparcir amor pero sin manual de instrucciones, sin advertencias. Católica practicante no ejercía la caridad si no la solidaridad, conceptos muy distintos.

Compasiva, afectuosa en sus palabras, tierna y cálida. Hermosos ojos grises como su infinita cabellera que recogía en un meticuloso y trenzado moño. No tenía ni por asomo dotes de matriarca, su tono siempre en los mismos decibeles, respetuosa de las ideas de los demás, no confrontaba jamás, asentía...hasta sus mudos pasos eran una forma de asentir. Parecía como si su finalidad fuera estar siempre presente pero de un modo casi imperceptible si no había una necesidad de que se hiciera notar.

Diez minutos pasadas las cinco de la tarde era mi hora de gloria...después de la jornada escolar llegar a casa traspasar la puerta, su sonrisa y mi merienda esperándome. La abuela ya había preparado el pan con manteca, en ocasiones con la sorpresa de un suave dulce de membrillo que ella misma hacía y ese tazón humeante de leche con un toque exquisitamente aromático de café, sólo lo suficientemente caliente como para que alcanzara a mantener el calor hasta que terminara mi ritual de tomar mi merienda junto con un personaje televisivo llamado Pilán, que por la caja mágica en blanco y negro nos motivaba a saborear la leche mientras nos pasaba algún dibujo animado y 17.30 ya terminábamos, siempre con su "hasta mañana niños, pórtense bien pues se lo pide su amigo Pilán"

La abuela era mi compañera en el ritual sólo con su mate dulce y aromático al que agregaba hojitas de cedrón y menta. Mágica media hora de ingenuidad y sonrisas compartidas.

Algunos días, se sentía un suave aroma a limón y el golpe de cáscaras de huevo, ya sabíamos que la abuela Julia preparaba sus simétricas yemas de Avila. Nos anunciaba la visita de nuestras primas. Confitera de oficio, llevada a la ruina por el amor hacia mi abuelo vividor, tano y Conde según él contaba y demostraba con un bastón de noble, nobleza de caros berretines (caprichos) y el arte de embaucar.

El cetro con incrustaciones de piedras preciosas terminó en una casa de empeño y se canjeó por salamines, garbanzos, galletas y duraznos.. Nunca se pudo recuperar...ni falta que hacía.

La abuela asida de un crucifijo, como si tratara de espantar al demonio, rezaba hincada pidiendo perdón por tal sacrilegio.

El abuelo vividor ya había fallecido, si no obviamente ese canje tan necesario hubiera sido un imposible. Aunque el hambre hiciera ruido la nobleza estaba primero.

Dejó a la abuela con 2 pequeñas niñas y 3 que ya traía de un matrimonio anterior. Además del drama económico, fue lo único que dejó. No podía bajar ni el bigote estilo Dalí ni su estatus así que dijo antes muerto que sencillo. Y decidió partir al viaje sin retorno.

Las yemas esmeradamente envueltas en papel celofán era lo único que la abuela podía regalar a sus nietas y como parece que eso de la nobleza se hereda decidieron que no estábamos a la altura de semejante alcurnia. Vergonzoso y temerosamente contagioso para alguno de mis tíos eso de ser pobre.

Eso sí, la abuela Julia y sus hermanos les dieron buena vida y educación a esos 3 tíos que venían en el paquete con el Conde Drácula, pero hay que entender que eran tan nobles como su padre y eso de juntarse con los plebeyos no corría por su sangre y obsequiar amor y yemas que era todo lo que se tenía nos mandó al ostracismo, al triste olvido y la cruel ingratitud.

Alguien en el Cielo se acordó del Angel y para mitigar tanto sufrimiento la condujo por la enfermedad de la desmemoria, y sus recuerdos ingenuos como de algún modo había sido su pasaje por la vida, eran los de su niñez, allá en un Pueblo llamado Nico Pérez y nos contaba de la guerra civil de 1904 y repetidamente con orgullo de como su madre la protegía de la balacera envolviéndola en un colchón.

Ya había desaparecido el dolor del amor interesado, de sus enormes sacrificios, de su autoestima inexistente, de haber tenido conciencia de que unas yemas no eran suficientes para las hijas del noble, de haber perdido todo en manos de un bandido.

Tanto amor ofreció y tan poco recibió. Y a pesar de que estuvimos junto a ella en sus peores momentos y en su aleteo final y que todo ese largo proceso fue muy duro, hago igual un "mea culpa" aunque siempre, siempre, yo vi esas yemas como joyas.